

La prioridad de la formación espiritual de apóstoles a la luz de *El alma de todo apostolado*

Lino Otero, L.C.

Director de formación continua, Divine Mercy University.

Introducción: una pregunta inquietante

En los últimos años, nosotros, los Legionarios de Cristo hemos pasado por un fuego purificador. Ha sido un gran escándalo, pero también una revelación. Más allá de sacudir nuestras estructuras, tocó las fibras más íntimas de nuestra identidad. Descubrimos que, bajo el brillo de muchas obras apostólicas, había elementos ideológicos que necesitaban purificación¹. Más allá de las gravísimas faltas personales del fundador, surgió una pregunta radical: ¿qué visión de Iglesia, de santidad y de misión nos había sostenido y a la vez traicionado²?

La Santa Sede, al publicar los resultados de la visita apostólica, pidió una revisión profunda del carisma. No se trataba únicamente de reformas estructurales. Señaló la necesidad de preservar el espíritu de *militia Christi* dentro de una auténtica espiritualidad eclesial³. Este matiz es muy importante. Nos pidió pasar de una militancia apoyada en estrategias humanas de transformación social, a una fundada en la gracia y la comunión con Dios. El problema era el fundamento sobre el que edificábamos nuestro celo apostólico.

Porque detrás de las cartas, pláticas y planes del fundador, latía una convicción poderosa y –al mismo tiempo– peligrosa: que la re-

¹ «El P. Marcial Maciel Degollado ha causado serias consecuencias en la vida y en la estructura de la Legión, hasta el punto de hacer necesario un camino de profunda revisión» (*Comunicado de la Santa Sede sobre la Visita Apostólica a la Legión de Cristo* (1 de mayo de 2010), n. 2, en https://www.vatican.va/resources/resources_comunicato-legionari-cristo-2010_sp.html [consultado el 01-08-2025]).

² «El Papa [...] los exhorta a no perder de vista que su vocación, nacida de la llamada de Cristo y animada por el ideal de dar testimonio de su amor en el mundo, es un auténtico don de Dios, una riqueza para la Iglesia, el fundamento indestructible sobre el que construir su futuro personal y el de la Legión» (*Comunicado de la Santa Sede sobre la Visita Apostólica a la Legión de Cristo* n. 7).

³ Cf. *Comunicado de la Santa Sede sobre la Visita Apostólica a la Legión de Cristo*, n. 4, a.

cristianización de la sociedad estaba al alcance si nos entregábamos diligentemente a formar y movilizar líderes comprometidos. Una cinta de la *La Voz del Fundador* en 1989 mostraba las proyecciones a largo plazo de nuestro fundador. Según sus cálculos, al paso que crecíamos debíamos ser unos 50,000 legionarios para el año 2050. Había que ser fieles a la metodología.

Aún cuando teníamos a la mano buenos manuales de teología, las cartas del fundador resaltaban la vida espiritual y la santidad como medios para un fin ulterior. Eran parte de una buena estrategia y de un método exigente para recristianizar el mundo. Unos más que otros abrazamos ese sueño con gran idealismo y pasión; daba sentido, rumbo y entusiasmo a nuestra vida religiosa. Sin embargo, hoy comprendemos que esa visión, tal como se nos presentaba, escondía una trampa. El mismo Papa Benedicto XVI la detectó: una mentalidad de eficiencia que confundía la fecundidad del Espíritu con el rendimiento organizativo⁴.

Por eso, la herida más profunda no fue solo moral o institucional, sino vocacional. El «legionario tipo» –eficiente, estrategia– había alterado el principio y fundamento de su vida. San Ignacio enseña que el ser humano ha sido creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y así salvar su alma, siendo todas las demás cosas de la tierra medios que deben ayudarnos a alcanzar este fin⁵. Sin embargo, cuando ponemos como fin de nuestra vida las criaturas, por buenas y santas que parezcan –familia, apostolado, proyectos, o nuestras propias metas– y relegamos a Dios al papel de medio, entonces pervertimos ese orden esencial. Convertimos lo relativo en absoluto y lo absoluto (Dios) en relativo. En nuestro caso, la tentación era convertir la espiritualidad, la vida comunitaria y los estudios en medios para la eficacia apostólica. No era una regla escrita. De hecho, afirmábamos lo contrario⁶. Sin embargo, el énfasis por los números nos empujaba en esa dirección. En consecuencia, muchos miembros del Regnum Christi llegaron a valorarse más por su utilidad para la misión. El verdadero escándalo sería vivir como si aquella crisis no hubiese tocado nuestras almas.

⁴ Cf. *Comunicado de la Santa Sede sobre la Visita Apostólica a la Legión de Cristo*, n. 4, a.

⁵ Cf. *Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola*, n. 23.

⁶ Cf. *Principios y Normas de la Legión de Cristo* (1989), nn. 6-9. La «eficacia» se utiliza casi 30 veces en este documento. Ahora bien, también se utilizaba con frecuencia en CONCILIO VATICANO II, Decreto *Apostolicam actuositatem* (18 de noviembre de 1965), en https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_decree_19651118_apostolicam-actuositatem_sp.html [consultado el 02-08-2025].

Así pues, surge la gran pregunta: ¿cuál es la identidad más auténtica del legionario de Cristo hoy? Después de más de quince años de renovación, ¿hemos logrado algo más que cambios externos? Nos amenaza la mediocridad de seguir como si nada hubiese pasado, de ignorar la voz de Dios en lo ocurrido⁷.

Este ensayo propone que la misión del legionario encuentra su plenitud en la formación de apóstoles laicos en el Regnum Christi, no como colaboradores subordinados, sino como genuinas tropas de choque apostólicas⁸. A la luz de *El alma de todo apostolado* de Dom Jean-Baptiste Chautard⁹, releemos el carisma legionario desde la perspectiva de una búsqueda de una santidad purificada por el misterio pascual. Solo así Cristo, formador de apóstoles, podrá brillar entre nosotros.

1. Un paradigma refinado: la segunda conversión

En su carta del 15 de septiembre de 2021 sobre el hombre nuevo, el P. John Connor se detuvo a preguntarse el porqué de nuestra historia institucional¹⁰. Habla de una etapa de purificación como una invitación a morir a nosotros mismos para abrazar una «segunda conversión»¹¹. En este marco, el liderazgo ya no se concibe simplemente como la capacidad de influir en estructuras sociales, sino como el poder espiritual de una vida configurada con Cristo.

⁷ «El cambio de mentalidad en los individuos y en una institución requiere mucho tiempo de asimilación, por tanto, de una continua conversión» (FRANCISCO, *Discurso a los participantes en el Capítulo General de los Legionarios de Cristo y a las Asambleas Generales de las Consagradas y de los Laicos Consagrados del Regnum Christi* (29 de febrero de 2020), en https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2020/february/documents/papa-francesco_20200229_legionari.html [consultado el 30-07-2025]).

⁸ Este término viene de la traducción «élites» al inglés en J.B. CHAUTARD, *The Soul of the Apostolate*, Abbey of Gethsemani, Kentucky 1946.

⁹ J.B. CHAUTARD, *El alma de todo apostolado*, Apostolado Mariano, Sevilla 2012, en https://dn790007.ca.archive.org/0/items/el-alma-de-todo-aposolado-dom-j.-b.-chautard/El%20alma%20de%20todo%20aposolado%20-%20Dom%20J.%20B.%20Chautard_text.pdf [consultado el 30-08-2025].

¹⁰ «De nuevo me pregunto: ¿Cuántos de nosotros entendemos los acontecimientos del pasado como un camino hacia la santidad? ¿Cuántos vemos nuestras propias miserias y debilidades como algo que el Señor puede usar para el bien nuestro y de los demás? ¿Cuántos, al contrario, quisiéramos separarnos de nuestra historia o no confrontarnos con la verdad?» (J. CONNOR, *Carta del 15 de septiembre de 2021*, en <https://legionariosdecristo.org/blog/2021/09/algunas-reflexiones-sobre-nuestra-situación-actual/> [consultado el 26-06-2025]).

¹¹ «En estos momentos Cristo nos llama a una segunda conversión, a un cambio más profundo. En esta segunda conversión, Cristo nos invita a ir más allá de los frutos visibles, a una experiencia de su cruz, muerte y resurrección, donde se encuentra la fecundidad verdadera» (J. CONNOR, *Carta del 15 de septiembre de 2021*).

El P. Connor cita *Christus vita vestra*, diciendo que la propia historia de la Legión muestra este poder transformador y restaurador. «La historia de la Legión es en sí misma un mensaje para los hombres de nuestro tiempo, al mostrarles que más allá de las heridas que haya en la propia existencia, Cristo puede hacer cosas grandes con quien confía en su amor: “Mira, hago nuevas todas las cosas” (Ap 21,5)»¹². La pregunta subyacente es clara: ¿hemos aprendido esta lección? ¿Estamos listos para formar un nuevo tipo de apóstol?

Durante años, el énfasis que el fundador ponía en la eficacia nos llevó a muchos –a veces sin darnos cuenta– a subordinar la vida espiritual a la actividad apostólica. El apostolado no nacía como desbordamiento del alma unida a Dios, sino como resultado de un idealismo institucional¹³. Y aquí se abre la paradoja trágica: muchos legionarios lo dieron todo, pero con un interior extenuado. Había ardor, sí, pero sin transformación; acción, pero sin la acción de las virtudes infusas. El alma del apóstol tendía a marchitarse en medio del éxito aparente.

Dom Jean-Baptiste Chautard pone el dedo en la llaga: «la vida interior es condición de toda fecundidad en las obras apostólicas»¹⁴. En sus páginas denuncia lo que él llama la herejía práctica del activismo: una «fiebre de actividades que intenta reemplazar a Dios, el orgullo humano que quiere destronar a Cristo»¹⁵. Citando a San Bernardo, nos previene de que incluso los apóstoles pueden volverse canales vacíos: «Hoy hay en la Iglesia exceso de canales y

¹² *Christus vita vestra: Ratio Institutionis de la Congregación de los Legionarios de Cristo* (2017), n. 113, en <https://www.legionariosdecristo.org/direcciongeneral/wp-content/uploads/2019/11/cv-Ratio-institutionis-LC.pdf> [consultado el 26-06-2025].

¹³ Cf. D. HYDE, *Dedication and Leadership*, Notre Dame University Press, Notre Dame 1966. Douglas Hyde, un converso del comunismo al catolicismo en los años 50. Su tesis era que el catolicismo debía usar las tácticas de los comunistas en formar líderes. Hablaba del idealismo de los jóvenes y la importancia de infundirles la convicción de que podían cambiar el mundo en una generación. Me sentí que el mensaje resonaba a la manera como nuestro fundador encendía nuestros corazones con el sueño de la cristianización de la sociedad.

¹⁴ «Prescindiendo de la fecundidad que las obras pueden adquirir de lo que los teólogos llaman *ex opere operato*, hablamos aquí de la que reciben *ex opere operantis* y a este propósito recordamos que si el apóstol realiza el *Qui manet in Me et Ego in eo*, la fecundidad de su obra está asegurada por Dios: *Hic fert fructum multum* [Juan 15,5]. Este texto es la prueba más convincente» (J.B. CHAUTARD, *El alma de todo apostolado*, 121).

¹⁵ «Esta conducta, que consiste en ocuparse en las obras como si Jesús no fuera el único principio de vida, ha sido calificada por el Cardenal Mermillod de HEREJIA DE LAS OBRAS, expresión que sirve para estigmatizar la aberración del apóstol, que, olvidado de su papel secundario y subordinado, pretendiera lograr el éxito de su apostolado con sola su actividad y sus talentos» (J.B. CHAUTARD, *El alma de todo apostolado*, 20).

pocos depósitos»¹⁶. ¿Acaso no es esto precisamente lo que nos sucedió? Formamos hombres capaces, pero a menudo sin una segunda conversión.

Y, sin embargo, en la misma obra, Dom Chautard ofrece la clave de la renovación: no basta cualquier vida espiritual. Lo que el mundo necesita –y lo que el *Regnum Christi* necesita– es un grupo de almas que lleguen a la vía iluminativa, que crucen el umbral de la madurez espiritual, que ardan con el fuego del Espíritu¹⁷. Son estas almas las que, como tropas de choque apostólicas, renuevan comunidades enteras. No se trata de números, sino de intensidad¹⁸. Y esto solo es posible mediante un proceso de conversión profunda. Esa segunda conversión es clave: no consiste en cumplir formalmente con los votos, sino en asumir nuestra historia como misterio pascual: cruz, muerte y resurrección. Nuestras heridas no deberían ocultarse, sino mostrarse como signo de la resurrección. El P. Connor nos recuerda que tenemos una historia que contar: de heridas y sanación, de pecado y misericordia¹⁹.

Profundizar en este paradigma es importante. La Legión nació ante todo para formar santos. Y el lugar donde esta misión se realiza más plenamente no es en proyectos aislados, sino en la formación de apóstoles en el seno del *Regnum Christi*. Solo allí –y solo si primero nos dejamos formar por Cristo en la cruz y el silencio– podremos influir verdaderamente en la sociedad y la cultura.

Es interesante notar que el enfoque propuesto por Dom Chautard tiene un marcado sabor ignaciano. A pesar de ser monje cisterciense, Dom Chautard se nutrió de principios aprendidos de del P. Allemand quien fundó la Obra de la Juventud (*Oeuvre de la jeunesse*). El mismo Dom Chautard reconoce que tanto su vocación como la inspiración para *El alma de todo apostolado* se remontan al trabajo del P. Allemand con la juventud en Marsella²⁰. De ellos aprendió que todo apostolado construido sobre bases meramente humanas está destinado al fracaso, y solo el que acerca las almas a

¹⁶ J.B. CHAUTARD, *El alma de todo apostolado*, 66.

¹⁷ «...formar en cada una de las obras un grupo de cristianos fervorosos, para que ellos, a su vez, ejerzan un verdadero apostolado con sus compañeros. ¿Quién no aprecia la eficacia de estos fermentos y hasta qué punto pueden MULTIPLICAR esos colaboradores el poder de la acción del apóstol? Ya no trabaja solo, porque se han centuplicado sus medios de acción. Apresurémonos a decirlo: solamente el hombre de obras que sea verdaderamente interior tiene la vida necesaria para crear otros focos de vida fecunda» (J.B. CHAUTARD, *El alma de todo apostolado*, 165).

¹⁸ «Ínfima minoría constituyen estas almas escogidas; pero ¿qué importa el número si tienen vida intensa?, no importan tanto la extensión» (J.B. CHAUTARD, *El alma de todo apostolado*, 49).

¹⁹ J. CONNOR, *Carta del 15 de septiembre de 2021*.

²⁰ Cf. J.B. CHAUTARD, *El alma de todo apostolado*, 67, 166.

Dios mediante la vida interior recibe la bendición de la Providencia. También le transmitieron una intuición muy ignaciana de *magis*²¹ en la vida espiritual de sus formandos (es decir, formar un núcleo de cristianos verdaderamente fervorosos que sean levadura en medio del mundo). Este espíritu ignaciano –que funde la profunda vida interior con la acción apostólica celosa, haciendo contemplativos en la acción– lo conocimos en teoría. Nuestro fundador lo hizo parte de nuestra espiritualidad. Sin embargo, por santidad él entendía fidelidad a la metodología y a las normas externas con el fin de lograr los objetivos apostólicos.

2. En el corazón de nuestro carisma

Una de las reorientaciones más profundas para la espiritualidad legionaria ha sido redescubrir el modo de formar de Cristo a los suyos. Jesús no hizo depender su misión únicamente de estructuras humanas. Ante todo, «llamó a los Doce para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar»²². Este dinamismo –convocar, formar, enviar– no es una técnica, sino una mística de comunión con el Padre.

Los *Estatutos de la Federación de Regnum Christi*, las *Constituciones de la Legión* y la *Ratio Institutionis* lo expresan claramente: el legionario hace presente el misterio de Cristo que reúne a los apóstoles, les revela el amor de su Corazón, los forma y los envía a colaborar con Él en la edificación de su Reino²³. Este proceso formativo no se entiende al margen de una experiencia personal del Cristo vivo. En la medida en que el legionario reproduce este itinerario en su vida y ministerio, se vuelve canal eficaz de transformación para otros. Y aquí se enlaza directamente con su misión en el Regnum Christi.

La relación del legionario con los laicos del Regnum Christi no puede reducirse a un acompañamiento espiritual o sacramental pasajero²⁴. El laico no es un colaborador de una obra clerical; es parte de una cadena de apóstoles, como lo fueron los Doce. De ahí la urgencia de forjar un tipo de formación que no se base solo en

²¹ «Créame; apunte siempre lo mis alto posible y quedará maravillado de los resultados» (J.B. CHAUTARD, *El alma de todo apostolado*, 68).

²² Mc 3,13-15.

²³ Cf. *Estatutos de la Federación Regnum Christi* (2019), n. 5 § 3, en <https://regnum-christi.org/es/wp-content/uploads/2025/02/Estatutos-de-la-Federacion-RC-2019-Updated.pdf> [consultado el 26-06-2025]; *Constituciones de la Legión de Cristo* (2020), n. 4, en <https://www.legionariosdecristo.org/direcciongeneral/wp-content/uploads/2020/11/CLC2020.pdf> [consultado 01-08-2025]; *Christus vita vestra*, n. 66.

²⁴ Cf. *Estatutos de la Federación de Regnum Christi*, n. 5, 3º.

principios metodológicos, ni siquiera en una relación incipiente con Cristo. Se requiere una formación forjada por la purificación del misterio pascual que haga presente, hoy, la vivencia de los primeros apóstoles.

Debemos recordar vívidamente que Jesús no solo instruyó a los Doce; los introdujo progresivamente en su misterio pascual. Como señala el P. Connor, la verdadera formación apostólica pasa por la pasión de Cristo, es decir, por un proceso de purificación interior, de ruptura con el yo funcional y de configuración con el Corazón traspasado del Redentor²⁵. No basta que el apóstol conozca a Cristo; debe ser conducido a su Pasión para configurarse de verdad con Él. Este es el umbral de la segunda conversión. Permite que el alma pase de actuar del entusiasmo meramente humano a misionar con un amor crucificado.

Si esto es verdad para todo cristiano, lo es aún más para el legionario, cuya misión se define precisamente por formar apóstoles para el Reino²⁶. Esta es la base de su relación con el *Regnum Christi*: no como una plataforma operativa, sino como el ámbito teológico donde su carisma se encarna. Espiritualidad, formación y misión convergen aquí. El verdadero legionario es aquel que, como Jesús, camina con los suyos, los ama hasta el extremo y los forma desde su Corazón para que ardan con el fuego del Reino.

Al insertarse en un cuerpo apostólico como *Regnum Christi* aparecen nuevas exigencias para el legionario. El crecimiento ya no se da solo como formación personal, sino como integración en una comunidad misionera. Por ello, además de las cuatro áreas de formación integral (humana, espiritual, intelectual y apostólica), el *Reglamento de los fieles asociados a la Federación del Regnum Christi* habla de cinco elementos que no son simples aplicaciones prácticas, sino propiedades emergentes del contexto comunitario. Para vivir fiel a la vocación a que ha sido llamado, el miembro del *Regnum Christi* «desarrolla este estilo de vida en la vida espiritual, la formación, el apostolado, el acompañamiento personal y la vida de equipo»²⁷. Estos pilares expresan la manera concreta en que el

²⁵ «En estos momentos Cristo nos llama a una segunda conversión, a un cambio más profundo. En esta segunda conversión, Cristo nos invita a ir más allá de los frutos visibles, a una experiencia de su cruz, muerte y resurrección, donde se encuentra la fecundidad verdadera» (J. CONNOR, *Carta del 15 de septiembre de 2021*).

²⁶ «En su misión de formar apóstoles, líderes cristianos al servicio de la Iglesia, los legionarios hacen presente el misterio de Cristo que reúne en torno a sí a los Apóstoles, les revela el amor de su corazón, los forma y los envía para colaborar con Él en la instauración de su Reino» (*Constituciones de la Legión de Cristo* (2020), n. 4).

²⁷ *Reglamento de los Fieles Asociados a la Federación Regnum Christi* (2019), n. 2, en <https://regnumchristi.org/es/wp-content/uploads/2025/02/Reglamento-Fieles->

apóstol vive su vocación bautismal en comunión, en una misión compartida con otros. No se refieren tanto a lo que *es* como individuo, sino a lo que *vive* en comunión.

Por eso, estos cinco elementos no sustituyen las cuatro áreas clásicas de formación integral, sino que las encarnan en un ambiente relacional. El acompañamiento personal, por ejemplo, potencia la madurez humana y espiritual en el marco de una relación formativa. La vida espiritual no es solo una práctica individual, sino que se nutre del testimonio y de la oración compartida. La vida de equipo concreta la dimensión eclesial de la fe, el apostolado canaliza la misión común, y la formación se hace camino comunitario de crecimiento. Así, los cinco elementos no describen simplemente una estructura, sino un estilo de vida cristiana en comunidad, donde la persona se transforma junto a otros.

3. Los cinco elementos para el florecimiento

a. Acompañamiento personal

El primer acto de Cristo como formador de apóstoles no fue enviarlos a predicar, sino llamarlos a estar con Él: «Subió al monte y llamó a los que Él quiso, y vinieron a Él. Instituyó Doce para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar»²⁸. Esta secuencia es clave: estar con Él precede al ser enviados. Jesús no comienza con una lección doctrinal ni estableciendo una estructura de liderazgo, sino con convivencia, diálogo y conocimiento mutuo. Cada apóstol fue moldeado en la intimidad del trato diario con el Maestro, en gestos, miradas y silencios que solo se transmiten en la presencia viva.

Este acompañamiento personal y relacional no fue accesorio en la pedagogía del Señor, sino el eje sobre el que giró toda la formación de los Doce. En esta línea, el legionario está llamado a reproducir este método: formar apóstoles estando con ellos, caminando a su lado, entrando en sus dramas, ayudándoles a interpretar sus procesos, como hizo Cristo con los discípulos de Emaús. *Christus vita vestra* subraya que el legionario ha de ser formador de apóstoles y maestro en el arte del acompañamiento espiritual²⁹; no se trata solo de brindar dirección espiritual como un recurso metodológi-

Asociados-a-la-Federacion-RC-2019.pdf [consultado 02-08-2025].

²⁸ Mc 3,13-14.

²⁹ Cf. *Christus vita vestra*, nn. 321-22.

co, sino de encarnar una presencia cristocéntrica que forma desde la relación³⁰.

La dirección espiritual es un medio privilegiado para guiar las almas y un recurso esencial en la formación de tropas de choque espirituales. Para Dom Chautard, el acompañamiento no es una opción entre otras, sino el mejor medio para ayudar a un alma a pasar de una vida ascética puramente básica al camino de la vía iluminativa³¹. No basta predicar: hay que conocer y formar a cada uno en profundidad, según el ritmo que Dios lleva en su alma. En este sentido, el legionario se convierte en un guía que conoce los caminos de la gracia y ayuda a los laicos a discernirlos y perseverar en ellos.

³⁰ «Algunas competencias que principalmente ha de desarrollar el legionario para formar a otros son, en primer lugar, el arte de la dirección espiritual, que comporta la capacidad de escucha y de conocimiento del corazón humano para ayudar a cada uno a confrontarse con la Palabra de Dios. La atención personalizada a cada hombre y mujer que quiera crecer en su fe y poner sus talentos al servicio de Cristo en la Iglesia, permite al legionario enseñar a cada uno el arte de la oración y ayudarlo a discernir y proyectar su vocación apostólica a partir de sus dones, aptitudes e inspiraciones personales» (*Christus vita vestra*, n. 322).

Aunque los siguientes números se aplican específicamente al formador en una casa de formación, los principios son universalmente válidos: «406. La formación no consiste solo en transmisión de conocimientos, sino en arrastrar con la propia vida, incitando y alentando con el propio testimonio a levantar el vuelo a la santidad y al apostolado, como el águila incita a su nidada (*Dt 32,11*). Por eso no son solo los momentos institucionales –diálogos personales, conferencias– los que forman: es toda la persona la que forma, compartiendo la vida en la convivencia, en las conversaciones, en la participación en las tareas comunes, en el apostolado; en las alegrías y tristezas; en lo ordinario y lo extraordinario. El formador se esfuerza así por hacer suyas las palabras de san Pablo: Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo (*1Cor 11, 1*).

407. El formador, como mediador, pone en el centro de la relación formativa a Cristo, único Maestro, no a sí mismo. Forja constantemente sus criterios a la luz de la Sagrada Escritura, de la Tradición y del Magisterio de la Iglesia, de las Constituciones y de los signos de los tiempos, y renueva constantemente la conciencia de que el Señor es el protagonista de su obra. Por eso, la oración de intercesión del formador (cf. *CLC 216, 1, 1°*) es indispensable para ayudar a cada uno a crecer desde el punto en que se encuentra, especialmente a quienes pasan por momentos de dificultad y a quienes no están del todo abiertos a la acción de la gracia. El formador pide también por sí mismo, suplicando a Dios diariamente que le conceda prudencia, fortaleza y caridad para que toda su acción pedagógica esté siempre sostenida por estas virtudes» (*Christus vita vestra*, nn. 406-407).

³¹ Cf. J.B. CHAUTARD, *The Soul of the Apostolate*, 160-180. Este apartado, «The formation of shock troops. Spiritual direction, a method of analyzing and guiding souls», no se encuentra en las versiones oficiales en español. Pero sí se encuentra en el francés «Importance de la formation des élites et de la direction spirituelle». Cf. J.B. CHAUTARD, *L'Ame de tout Apostolat*, Emmanuele Vitae, Lyon, en http://www.liberius.net/livres/L_ame_de_tout_apostolat_000001218.pdf [consultado el 31-08-2025].

El Reglamento de los laicos del Regnum Christi confirma este principio: «El miembro laico del Regnum Christi busca la dirección espiritual periódica como medio que ofrece la tradición de la Iglesia para el crecimiento espiritual. A través de ella, va aprendiendo a discernir la voluntad de Dios y a acogerla con amor»³². Este proceso es exigente, pero indispensable. Un laico espiritualmente acompañado no es simplemente un mejor colaborador: es un alma que, desde su realidad secular, está siendo moldeada por Cristo para irradiarlo en medio del mundo. Y esto comienza estando con Él en la persona de alguien que lo acompaña en Su nombre. El legionario no puede desentenderse de esta misión: ha de asumirla como parte esencial de su identidad apostólica, sabiendo que la formación personalizada rinde frutos mucho más profundos que cualquier plan genérico.

Cabe destacar que los *Estatutos de la Federación Regnum Christi* enriquecen esta visión del acompañamiento. Definen el acompañamiento como «una atención personal cercana, estable y marcada por la gratuidad. El acompañamiento busca ayudar al otro para que, por la acción de la gracia y la colaboración humana, pueda responder a las preguntas y retos con que se encuentra en su itinerario de crecimiento humano y espiritual»³³. Es una responsabilidad compartida: el laico debe buscarlo activamente, y la institución ha de ofrecerlo diligentemente. Este acompañamiento se concreta especialmente en la atención personal y sacramental, la vida de equipo y el seguimiento formativo-apostólico. La dirección espiritual es, a su vez, una forma específica de acompañamiento y un medio importante de crecimiento en la vida espiritual. Todas estas indicaciones subrayan que, sin un verdadero acompañamiento personal, la vida del apóstol corre el riesgo de quedarse en activismo estéril. Por el contrario, con una guía espiritual constante, el laico en el Regnum Christi puede pasar de ser un mero ejecutor de tareas a convertirse en discípulo misionero, en un hijo de la Iglesia que madura en su fe y vocación.

b. Vida espiritual

En la lógica del Reino, la vida interior no es un lujo para almas contemplativas: es la condición de posibilidad de toda auténtica fecundidad apostólica. Dom Chautard lo expresa con crudeza en su referencia al exceso de canales y pocos depósitos³⁴. El canal transmite, pero el depósito es fecundo. Por tanto, solo aquellos que han

³² Reglamento de los Fieles Asociados a la Federación Regnum Christi, n. 12.

³³ Estatutos de la Federación Regnum Christi, n. 35.

³⁴ Cf. J.B. CHAUTARD, *El alma de todo apostolado*, 66.

sido llenados por Dios pueden dar fruto. Esta es la gran tentación del apóstol moderno: operar, servir, predicar, organizar sin haber sido realmente transformado por la gracia. El peligro es formar activistas disfrazados de apóstoles, que trabajan mucho, pero con el alma vacía. Así, el activismo termina siendo una forma elegante de infertilidad espiritual.

Para evitar este riesgo, Chautard insiste en una tesis central: la acción apostólica solo es eficaz si brota como desbordamiento de la vida interior. De lo contrario, se vuelve no solo estéril, sino peligrosa. En este contexto, la llamada a transitar la vía iluminativa se vuelve apremiante. No basta con practicar la vida cristiana básica; es necesario alcanzar un grado superior de unión con Dios, donde el alma actúa bajo el impulso del Espíritu Santo.

La tradición espiritual confirma esta visión. Santo Tomás de Aquino describe tres etapas en la vida espiritual³⁵: primera, la de los incipientes, quienes luchan por apartarse del pecado y robustecer la caridad naciente; segunda, la de los proficientes, que avanzan activamente en el bien buscando que la caridad crezca y madure; y tercera, la de los perfectos, que ya no solo combaten y progresan, sino que desean unirse íntimamente con Dios y desean disolverse y estar con Cristo³⁶. Este itinerario es paralelo a los tres grados de humildad propuestos por San Ignacio en los *Ejercicios Espirituales*: de la purificación del pecado, pasando por el desapego de los afectos desordenados, hasta la entrega radical de sí para que Dios disponga enteramente de la propia vida³⁷.

Como explican magistralmente autores clásicos de la teología espiritual, existe una estrecha relación entre la perfección cristiana y la vida mística³⁸. A medida que el alma progresa y se purifica –especialmente a través de purificaciones activas y pasivas–, se desprende de todo lo que le impide ser dócil a la acción directa del Espíritu Santo. Llegamos entonces a un punto de madurez espiritual en el que ya no actúa principalmente por su propio esfuerzo ascético, sino que es más movida que moviente: entra en la dinámica mística, donde sus operaciones son guiadas por los dones del Espíritu. Este es el terreno fértil de la verdadera fecundidad apostólica³⁹.

³⁵ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica* II-II, q. 24, a. 9.

³⁶ Cf. *Flp* 1,23.

³⁷ Cf. IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola*, Mensajero, Bilbao 1980, nn. 165-167.

³⁸ Cf. A. ROYO MARÍN, *Teología de la Perfección Cristiana*, BAC, Madrid 2008, 224-270.

³⁹ «Desde hace unos treinta años, no pocos teólogos han reaccionado contra la división, entendida de esa manera, de la ascética y la mística; y han [vuelto] a una doctrina más conforme con la tradición; según esa doctrina la ascesis es una forma de vida espiritual en la que se destaca más que nada el *modo humano* de las virtu-

En ese estado, uno ya no trabaja simplemente para Dios, sino en Dios y desde Dios. La caridad ha llegado a tal plenitud que configura totalmente a la persona con Cristo. Por eso se afirma que el alma en estado místico actúa como instrumento más perfecto del Espíritu: su juicio se afina, su voluntad se ablanda, su apostolado inflama. En ese punto, el apóstol deja de ser el protagonista y se vuelve un canal transparente de la gracia, permitiendo que la acción del Espíritu fluya sin obstáculos en favor de las almas.

Este proceso implica un camino de muerte progresiva al ego. El alma pasa de una religiosidad centrada en su propia perfección o en el éxito apostólico, a una profunda docilidad a la voluntad de Dios. Como bien describió Hans Urs von Balthasar al comentar la doble dinámica de los ejercicios espirituales ignacianos: uno se dispone de tal modo que Dios pueda disponer de él. Allí nace el verdadero apóstol: no el que actúa por motivos humanos, sino el que es movido por el Espíritu⁴⁰.

La *Ratio Institutionis* de la Legión confirma esto al señalar que el legionario está llamado a vivir una unidad orgánica entre vida in-

des cristianas, y la mística es una forma de vida en la que predomina, de manera manifiesta y frecuente, el *modo suprahumano* de los dones del Espíritu Santo, que se encuentran en todos los justos. Por este camino se echa de ver mejor la unidad de la vida espiritual, a pesar de las diferencias de las tres edades sucesivas que distingue la tradición, a saber: la de los *principiantes*, la de los *aprovechados* [avanzados] y la de los *perfectos*; o de otra manera, de las tres vías purgativa, iluminativa y unitiva. Retórnase así a una división tradicional más comúnmente aceptada y tratada por los antiguos, [...] muy empleada por S. Agustín y S. Gregorio, y magistralmente expuesta por S. Tomás de Aquino» (R. GARRIGOU-LAGRANGE, *Las tres edades de la vida interior: Tomo II*, Palabra, Madrid, 1982³, 1231). Cf. J.B. CHAUTARD, *El alma de todo apostolado*, 102-103.

⁴⁰ Cf. Rm 8,14. Abundan las espiritualidades del Espíritu Santo que pretenden acelerar el camino a la vía iluminativa de la que se está hablando. Tienden a interpretar el discernimiento desde una perspectiva subjetivista y emocional. Bien nos advirtió von Balthasar sobre este peligro: «Toda teoría que (como la montanista y la mesaliana) convierta una experiencia psicológica espiritual o consoladora en criterio para la existencia o intensidad de la fe auténtica no es evangélica. Así como el yo no es objeto de meditación, tampoco lo son la fe, la esperanza y el amor, que más bien significan el movimiento liberador del alma que se aleja de sí misma para acercarse a Dios. Por eso, en la vida de fe viva solo se puede hablar dialécticamente de “experiencia y no experiencia”, de “consuelo y desolación” (reglas de los ejercicios espirituales); la fe auténtica debe purificarse a través de la no experiencia de sí misma (mediante la ascética) para convertirse en algo así como la experiencia de Dios; esta dialéctica la enseñan de diversas maneras Areopagita, Diádoco, Juan de la Cruz, Ignacio, etc. Lutero quería asegurarse reflexivamente de la fe liberadora. Hoy en día, la misma tentación es grande entre los pneumatistas. En el catolicismo, alguien que no tiene experiencia puede estar al mismo nivel de santidad que alguien que la tiene (por lo tanto, alguien que no es místico puede estar al mismo nivel que un místico)» (H.U. VON BALTHASAR, «Katholische Meditation», *Geist und Leben* 51 (1987), 31). Traducción del autor.

terior y misión⁴¹. No se trata de una yuxtaposición, sino de una fecundación mutua. El apostolado no interrumpe la unión con Dios, sino que nace de ella y la prolonga. Sin esta unidad, el legionario corre el riesgo de convertirse en un técnico del bien sin alma.

Por tanto, la verdadera renovación de la Legión y de su misión en el *Regnum Christi* no vendrá de nuevas estrategias, ni siquiera de una mejor metodología apostólica. Vendrá cuando cada legionario haga de su vida interior la fuente y el criterio de toda acción. La única forma de formar santos entre los laicos es que nosotros mismos busquemos la santidad como nuestra primera tarea. No se trata de hacer mucho, sino de ser de Dios. Solo así seremos realmente útiles a Él.

En esta línea, los propios *Estatutos de la Federación Regnum Christi* nos exhortan a esta primacía de la gracia. Reconocen que «el Reino de Cristo es un don y no se puede construir con las solas fuerzas humanas»⁴², por lo que

buscamos permanecer siempre en comunión con Cristo y con su Iglesia, como el sarmiento en la vid (cf. *Jn* 15,5). Como seguidores y colaboradores de Cristo Apóstol sabemos que la oración, la participación de su cruz, la gratuidad en el servicio de los demás, la confianza en la acción de su gracia y el testimonio de una vida auténticamente cristiana deben preceder y acompañar toda nuestra acción apostólica⁴³.

Esta enumeración estatutaria no es más que la concreción de la gran máxima: la vida interior es el alma de la misión. Todo apostolado que no se geste en una tensión hacia la vía iluminativa estará edificado sobre arena.

En síntesis, la vida espiritual intensa es la garantía de que nuestro celo apostólico no degenerará en activismo vacío. Es preferible, como decía San Bernardo, ser depósito que se desborda en lugar de un canal ruidoso pero seco. Para el legionario de Cristo, vivir el misterio pascual hasta alcanzar esa madurez espiritual no es opcional: es parte esencial de su carisma de formador de apóstoles. Solo hombres de Dios pueden, en sentido pleno, formar hombres de Dios para el mundo.

c. Vida de equipo y comunión

Cuando Cristo llamó a los Doce, no solo los eligió individualmente. Los reunió en comunidad, los formó juntos, les confió una

⁴¹ Cf. *Christus vita vestra*, n. 5, 2º.

⁴² *Estatutos de la Federación Regnum Christi*, n. 9.

⁴³ *Estatutos de la Federación Regnum Christi*, n. 9.

misión y los envió como un cuerpo apostólico. Esta dinámica relacional no fue un recurso práctico cualquiera, sino la expresión visible de la vida trinitaria: comunión en la diversidad, unidad en la misión. De hecho, el Reino que Jesús vino a proclamar es, en sí mismo, una comunión restaurada: entre el hombre y Dios, y entre los seres humanos entre sí. Por eso, la comunidad de los Doce es el primer signo visible del Reino.

Los *Estatutos de la Federación Regnum Christi* retoman este principio con claridad: «Reconocemos como designio de Dios que los Legionarios de Cristo, las mujeres consagradas, los laicos consagrados y los fieles asociados vivan en profunda comunión y den testimonio del amor de Jesucristo mediante la unidad y la caridad entre sí»⁴⁴. Esta comunión no es meramente afectiva ni solamente estructural. Es teológica, porque expresa y actualiza el misterio de Cristo que convoca a su Iglesia. Cada vocación –sacerdotal, consagrada o laical– refleja un aspecto del misterio del Señor, y en su interdependencia resplandece la verdad del Evangelio.

Pertenecer al *Regnum Christi*, entonces, no significa operar como frentes apostólicos separados o como francotiradores del Reino. La espiritualidad del *Regnum Christi* exige trabajo en equipo, corresponsabilidad y complementariedad de dones y funciones⁴⁵. Tal como Cristo caminó con los suyos, estamos llamados a caminar juntos. La obra apostólica se vuelve estéril cuando no brota de la comunión, cuando la competencia o el individualismo rompen el cuerpo comunitario.

La corresponsabilidad implica reconocer el valor de cada persona en la obra común y su responsabilidad en custodiar el carisma. La complementariedad nos lleva a apreciar que las diversas vocaciones (sacerdote, laico asociado, o laico consagrado) tienen modos particulares de vivir el mismo espíritu y misión, y que cada uno aporta al cuerpo lo que le es propio según su estado de vida, valorando y promoviendo lo específico de los demás. En la práctica, esto supone humildad para aprender del otro y una visión de conjunto por encima de protagonismos personales.

La comunión, entonces, es de por sí evangelizadora. Cuando legionarios, consagradas, laicos consagrados y laicos asociados trabajan en unidad, manifiestan que Cristo vive en medio de ellos. Como enseña san Juan: «En esto conocerán todos que sois mis discípulos: si os amáis unos a otros»⁴⁶. El mundo no necesita ver solo estructuras bien organizadas; necesita ver personas transformadas

⁴⁴ *Estatutos de la Federación Regnum Christi*, n. 6.

⁴⁵ Cf. *Estatutos de la Federación Regnum Christi*, nn. 28-29.

⁴⁶ *Jn* 13,35.

por el amor. Y eso comienza no en el púlpito, sino en la comunión diaria: en la escucha mutua, en la colaboración humilde, en la caridad que sabe alegrarse con el otro y cargar con sus debilidades.

Los Estatutos nos invitan a cultivar esta comunión auténtica mediante medios concretos: la oración perseverante y unida, pidiendo al Padre el don de la unidad⁴⁷; la escucha y el diálogo como camino querido por Dios para la misión, reconociendo la naturaleza relacional de la persona; las relaciones fraternales maduras, que ven en el otro la presencia de Dios, comparten gozos y sufrimientos, valoran los dones ajenos y cargan unos con otros las cargas con amor, rechazando la rivalidad y la envidia. También nos recuerdan valorar la autoridad como servicio, la internacionalidad como signo de catolicidad, y propiciar encuentros entre vocaciones distintas para avivar la unidad en todos los niveles.

En las secciones del *Regnum Christi*, la unidad se concreta de modo especial en la vida de equipo de los laicos asociados. El *Reglamento* establece que el equipo es el ámbito natural donde el laico asociado vive su fe y misión en comunión: «un grupo de miembros unidos en fraternidad cristiana para ayudarse mutuamente en su camino de santificación, en su formación y en su trabajo apostólico, a ejemplo de las primeras comunidades cristianas»⁴⁸. El Encuentro con Cristo, por su parte, es señalado como «el eje de la vida de equipo», donde los miembros «examinan su vida cristiana, disciernen lo que el Señor espera de ellos para evangelizar la realidad del mundo en que viven, se animan en su seguimiento de Cristo y forjan su celo apostólico»⁴⁹. Esta vivencia comunitaria fortalece el sentido de cuerpo apostólico: nadie va solo a la misión, sino enviado por la comunidad y sostenido por ella.

La Legión, en cuanto parte del *Regnum Christi*, está llamada a ser fermento de comunión. Nuestro liderazgo debe ejercerse «para que todos sean uno», mostrando al mundo que es posible una familia espiritual donde la diversidad enriquece la unidad⁵⁰. Este testimonio de amor fraterno en misión conjunta quizás sea uno de los aportes más elocuentes que podemos dar a una sociedad fragmentada. Si logramos que se diga esto de nosotros, habremos tocado el corazón del hombre contemporáneo tanto como con nuestras predicaciones.

⁴⁷ Cf. *Jn* 17,21.

⁴⁸ *Reglamento de los Fieles Asociados a la Federación Regnum Christi*, n. 14, §2.

⁴⁹ *Reglamento de los Fieles Asociados a la Federación Regnum Christi*, n. 15.

⁵⁰ *Jn* 17,21.

d. Apostolado y misión

Cristo escogió a los Doce pensando en multiplicar su acción salvadora. No construyó un edificio ni dejó estructuras complejas: formó hombres. Los sembró con paciencia, los acompañó con amor, los corrigió con firmeza, y luego los envió como extensión viva de su propio corazón. Fue su divina estrategia: en vez de quedarse Él físicamente para siempre, quiso multiplicarse en ellos. Y ellos, a su vez, multiplicarían su vida en otros. Así se difundió el Reino: de corazón a corazón, mediante la transmisión del fuego que habían recibido.

Este es también el modelo para el legionario. Su misión no se agota en su presencia activa en el mundo ni en las obras que dirige directamente. Su llamado es formar formadores, multiplicar el amor de Cristo en otros. Esto exige renunciar al protagonismo: no somos los actores principales, sino sembradores silenciosos de una obra que solo Dios puede hacer germinar. Dios quiere las obras, sí, pero quiere que broten⁵¹. Quiere frutos, pero frutos que vengan de hombres en quienes Él vive. El verdadero apóstol no busca el éxito visible, sino la fecundidad sobrenatural –muchas veces escondida– que surge de una vida entregada. La historia apostólica de Cristo nos muestra esto: fue Él quien predicó a las multitudes, pero fueron los apóstoles quienes, formados por Él, fundaron las comunidades de la Iglesia naciente, llevaron el Evangelio a los gentiles y murieron sembrando la semilla del Reino.

En esta lógica, el laico apóstol del *Regnum Christi* no es simplemente un *colaborador* del sacerdote. Es, en la medida en que está unido a Cristo, prolongación viva de Él en el mundo secular. Es apóstol en los ámbitos educativo, empresarial, familiar y cultural. Y el legionario encuentra su misión más profunda no tanto en hacerlo todo él mismo, sino en formar laicos capaces de transformar desde dentro las estructuras del mundo con la lógica del Evangelio.

⁵¹ «Así pues, en cualquier obra que trabaje, el legionario renuncia al apresuramiento, al deseo de resultados inmediatos y al afán de protagonismo que derivan del deseo de hacer las cosas él solo, y abraza la paciencia, la constancia y la pureza de intención que comporta el formar a esas personas de las que nos habla san Pablo, que desean poner su amor a Dios y su capacidad al servicio del Reino y pueden formar a otros. De esta manera la acción del legionario se multiplica. Se trata, pues, de un liderazgo fecundo, nunca solitario, destinado a hacer surgir otros líderes. Se trata también de un liderazgo de servicio, vivido como pedestal sobre el que otros puedan crecer, desarrollar sus talentos y ponerlos al servicio del Reino, para ser a su vez pedestal de otros. No es un liderazgo compatible con ninguna forma de clericalismo, pues los laicos son a pleno título coprotagonistas y corresponsables del apostolado, según su modo propio, que consiste en “buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios” [*Lumen Gentium*, 31]» (*Christus vita vestra*, n. 89).

He aquí la clave de su carisma: ser un multiplicador del Reino a través de otros, a imitación de Cristo.

Las implicaciones de esto son profundas. Significa, ante todo, confiar en la gracia en acción en los laicos, creer en su protagonismo bautismal. Supone también asumir que el fruto más perdurable no será aquello que el legionario haga personalmente, sino lo que otros hagan gracias a que los formamos. En cierto modo, el legionario se hace innecesario a corto plazo, para volverse imprescindible a largo plazo en la obra de Dios: porque sus hijos espirituales llevarán adelante la misión en esferas donde él no puede llegar o perdurar.

En última instancia, esta lógica pide morir. No necesariamente con martirio cruento, pero sí con la entrega diaria que renuncia al afán de ver resultados inmediatos, que siembra a largo plazo, que se oculta para que brillen otros. El legionario es eficaz en la medida en que desaparece, como Juan el Bautista, para que Cristo crezca en aquellos a quienes ha formado⁵². Sembrar, acompañar, sufrir y morir por los que el Padre le confió: esa es la verdadera fecundidad sacerdotal, la forma más pura de participación en la misión del Verbo Encarnado.

La identidad laical en el *Regnum Christi* se refleja en los documentos fundantes de lo que se denominaba el Movimiento *Regnum Christi*. Insisten en que el laico «acoge conscientemente su vocación bautismal a la santidad y al apostolado, y se entrega a Cristo para que Él reine en su corazón y en la sociedad»⁵³. Desde los inicios en 1968, la obra de los primeros grupos laicales del movimiento nació precisamente de esa sinergia: sacerdotes legionarios que invitaban, formaban y guiaban, y laicos con generosidad y dinamismo apostólico que respondían. Juntos compartían un carisma, movidos por un mismo espíritu y misión, cada uno en su estado de vida. Hoy, tras la configuración del *Regnum Christi* como federación, esa visión se ha consolidado: el laico es miembro de pleno derecho de un cuerpo apostólico común. Él aporta su índole secular y su acción transformadora en el mundo, extendiendo la presencia de Cristo y evangelizando las realidades temporales –la familia, el trabajo, la sociedad– con el poder del Evangelio. Esa es su misión propia.

Por tanto, el legionario debe verse a sí mismo no como el héroe solitario que todo lo hace, sino como el formador de héroes anónimos que llevarán la llama del Evangelio a rincones insospechados. Su éxito no se medirá en cuántas actividades realizó perso-

⁵² Cf. *Jn* 3,30.

⁵³ *Reglamento de los Fieles Asociados a la Federación Regnum Christi*, n.16.

nalmente, sino en cuántos apóstoles puso en marcha para Cristo. Esto demanda humildad para dar un paso atrás y dejar espacio, paciencia para cultivar procesos que otros cosecharán, generosidad para invertir tiempo en personas más que en proyectos. Requiere, en definitiva, una profunda fe en la obra del Espíritu en las almas y un desapego de la propia obra.

La Federación Regnum Christi recoge esta mentalidad en sus principios de acción apostólica. Por ejemplo, afirma que sus miembros dan prioridad a las actividades que favorecen el contacto personal, a imitación de Cristo que encontraba a cada persona donde estaba. Asimismo, propone como criterio trabajar siempre en equipo y aplicar el principio metodológico de «hacer, ayudar a hacer y dejar hacer»⁵⁴. Este último es particularmente elocuente: después de actuar y de ayudar a otros a actuar, llega el momento de dejar que sean los otros quienes actúen, confiándoles responsabilidad y protagonismo. No podría describirse mejor la labor del formador de apóstoles.

En definitiva, formar apóstoles laicos es para el legionario la manera concreta de prolongar la misión de Cristo que formó a los Doce. En esa entrega, él también se configura con Cristo Maestro y Pastor. Y experimentará una paradoja evangélica: cuanto más da vida a otros, más plena será su propia vida; cuanto más gasta sus fuerzas en formar a otros, más abundantemente recibirá la fuerza de Dios; cuanto más muere a sí mismo en este servicio oculto, más fruto dará su ministerio. Porque en la lógica del Reino, «quien pierda su vida por mí, la encontrará»⁵⁵.

e. Formación y transformación

La formación del legionario, como afirma la *Ratio Institutionis*, es ante todo una transformación progresiva en Cristo. No se trata solo de adquirir conocimientos o habilidades pastorales, sino de dejarse moldear por el Espíritu hasta identificarse con el Corazón de Cristo. Esta configuración no es lineal ni automática. Requiere un suceso interior –una segunda conversión– que no se reduce a un momento puntual, pero marca un paso cualitativamente nuevo en el seguimiento del Señor. Es el paso de Pedro desde el entusiasmo impulsivo hasta el abandono confiado en la Providencia, tras haber tocado el fondo de su propia fragilidad.

⁵⁴ *Estatutos de la Federación Regnum Christi*, n. 29.

⁵⁵ Mt 16,25.

El P. Benedict Groeschel, en *Spiritual Passages*⁵⁶, describe esta transición como el paso de una religiosidad condicionada por mecanismos de defensa a una fe madura, caracterizada por la paz interior y la confianza radical. Según él, muchos cristianos viven con una ansiedad fundamental que se oculta tras mecanismos de defensa como perfeccionismos, racionalizaciones, activismo frenético. La segunda conversión comienza cuando una crisis dismantela esos apoyos ilusorios y el alma se ve forzada a rendirse incondicionalmente a la voluntad de Dios. Como dice el P. Groeschel, «no basta querer servir a Cristo. Es preciso aprender a dejarse formar por Él desde la propia pobreza interior»⁵⁷.

La *Ratio Institutionis* confirma esto al afirmar que el proceso formativo debe llevar al legionario a una experiencia continua de configuración interior con Cristo, que abarque inteligencia, voluntad y afectos⁵⁸. Esta transformación exige purificar no solo el pecado, sino también el ego apostólico: ese impulso a controlar, a ver frutos visibles, a permanecer siempre eficaz. Por otra parte, la madurez espiritual se manifiesta cuando el legionario acepta que su misión no es tener éxito, sino ser fiel, y que el fruto pertenece a Dios.

El servicio a los miembros asociados o consagrados del Regnum Christi es el campo donde la segunda conversión del legionario se hace fecunda. Allí, uno deja de formarse según los resultados y

⁵⁶ B. GROESCHEL, *Spiritual Passages: The Psychology of Spiritual Development*, Crossroad, New York 1993.

⁵⁷ «Romano Guardini has seen clearly that this kind of trust challenges the existential anxiety of human beings. Such trust goes by many names: confidence in God, abandonment to divine providence, perfect joy, spiritual disinterest and detachment. Each of these terms has generated a spiritual literature about it and in each case it has been identified with the beginning of a more perfect love of God. Often these terms sound contradictory, but their common base is that they lead us to attempt to respond totally to the absolute love of God. The idea of St. Francis's perfect joy, which prompted him to rejoice at the abuse and hostility of a confrere, is the same as the absolute renunciation of St. John of the Cross when he says, "think only that God ordains all things and where there is no love put love and you will find love." The omnia of St. Francis is the other side of the nada of St. John of the Cross. Confidence and abandonment are the same thing although the latter term has a more ominous ring to it. Often Christian piety has linked the idea of trust to a certain devotion, usually because of the inspiration of a particular saint. The devotion to the Sacred Heart of Jesus became the practical expression of perfect trust as a result of the teaching of St. Margaret Mary and her spiritual director, Blessed Claude de la Columbière. St. Louis de Montfort would link the same idea to the devotion to Our Lady. Parallels with this very Catholic devotional expression of trust are found in the spirituality of most spiritual movements, although they may be expressed in various ways. Christian theology has always had to struggle with this insight of total confidence and abandonment because it could lead to a heretical quietism» (B. GROESCHEL, *Spiritual Passages*, 130-131).

⁵⁸ Cf. *Christus vita vestra*, nn. 13-15.

comienza a formarse según el amor. El legionario deja de ser un instructor y se convierte en un padre espiritual: alguien que ha sido quebrantado y rehecho por Cristo, y que ahora puede acompañar los procesos de otros con paciencia, comprensión y autoridad interior. El verdadero formador es el que ha sido transformado por un dolor redimido.

Como Pedro en la orilla del lago, el legionario escucha de nuevo la voz de Cristo: «¿Me amas? [...] Apacienta a mis ovejas»⁵⁹. Solo quien ha llorado su triple negación puede ser encargado de la formación de otros. La segunda conversión no lo hace infalible, pero sí transparente: testigo de misericordia y canal humilde de una misión que no le pertenece. Desde ahí –y solo desde ahí– podrá formar formadores. Porque solo quien ha sido salvado de sí mismo puede enseñar a otros a confiar en Dios más que en sus propias fuerzas.

En el itinerario personal, la segunda conversión suele estar marcada por alguna crisis o experiencia que Dios permite para purificarnos. Puede ser una falla moral, una impotencia ante ciertos resultados, una enfermedad, o –como hemos vivido institucionalmente– una dolorosa purificación comunitaria. Si la afrontamos con fe, esa experiencia nos rompe las seguridades prefabricadas y nos abre a una confianza más profunda. El legionario renovado es aquel que ya no se apoya en sus talentos, ni en la disciplina, ni en el reconocimiento externo, sino que ha echado raíces en el amor incondicional de Cristo. Ha integrado su historia –con sus luces y sombras– en la historia de salvación que Dios escribe.

Esta clase de hombres forjados en el crisol del dolor y la gracia son los que el mundo y la Iglesia necesitan. Son hombres nuevos, porque han dejado atrás la vieja mentalidad⁶⁰ y han sido renovados en el espíritu de su mente. En ellos, la misión deja de ser un proyecto personal para convertirse en un testimonio: «lo que hemos visto y oído, eso les anunciamos»⁶¹. Ya no pretenden convencer con argumentos humanos, sino contagiar con la vida de Cristo que brilla en su debilidad transfigurada.

El *Regnum Christi* es un terreno fecundo para este tipo de apóstoles. Trabajar con laicos, en un mundo secularizado, nos recuerda que solo el Espíritu convierte los corazones. Cada conversión, cada perseverancia de un miembro, cada fruto apostólico auténtico, es un milagro de la gracia más que un logro de nuestra pericia. Esta

⁵⁹ *Jn* 21,15 y 17.

⁶⁰ Cf. *Ef* 4,22-24.

⁶¹ *1Jn* 1,3

conciencia, lejos de desanimarnos, nos libera y nos pacifica: «Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles»⁶².

En conclusión de esta sección, podemos afirmar que el elemento de la formación se refiere tanto a la formación que impartimos a los demás como a la que Dios realiza en nosotros. Y ambas están entrelazadas: Dios nos sigue formando mientras formamos a otros. De hecho, muchas veces utilizamos las interacciones apostólicas para moldear más al formador que al formado. El legionario, al enseñar, se enseña a sí mismo; al guiar, es guiado por la mano paciente de Dios que le muestra sus propias carencias; al corregir, es purificado en sus intenciones. La *transformación* en Cristo es un camino continuo, y nuestra fidelidad a él es el mejor servicio que podemos prestar a quienes formamos.

4. Renovación de la renovación

El núcleo de la renovación de la Legión no reside en estrategias de evangelización más eficaces. Está en una decisión de identidad: entender que la formación de apóstoles laicos en el Regnum Christi no es un apostolado más entre muchos, sino el ámbito privilegiado donde se despliega el carisma del legionario de Cristo. Esto no es una idea bonita: es una misión que nos exige configurarnos con Cristo en su modo, en su tiempo y en su corazón.

La misión de Cristo tuvo dos ritmos inseparables: la proclamación del Reino a las multitudes, y la formación profunda de unos pocos. Ambas dimensiones estaban sostenidas por la oración íntima al Padre y selladas por el sacrificio de la cruz. En su pedagogía divina, Jesús no solo hizo milagros o predicó parábolas; invirtió su vida en formar a unos hombres capaces de ser enviados. Esa fue su estrategia para transformar el mundo. Según la *Ratio Institutionis*, el legionario debe hacer lo mismo: dedicar una parte sustancial de su ministerio a formar personas que, como enseña san Pablo, a su vez puedan formar a otros⁶³.

Aquí se revela lo que está en juego: o forjamos una metodología *sobrenatural*, enraizada en la paciencia de Cristo y en la lógica de la cruz, o trabajaremos en los márgenes, con frutos cada vez más menguantes. La tentación es clara: buscar resultados rápidos, protagonismo, soluciones técnicas. Pero el fruto verdadero no se mide en números, sino en fidelidad. La *Ratio Institutionis* es contundente: el legionario ha de rechazar las prisas indebidas, el afán de resultados

⁶² Sal 126,1.

⁶³ Cf. *Christus vita vestra*, n. 87; 2Tim 2,2.

inmediatos y la necesidad de figurar⁶⁴. Solo entonces el liderazgo se vuelve fecundo: cuando deviene plataforma para que otros crezcan y lleguen a ser formadores a su vez.

El peligro más sutil para un apóstol es reemplazar la acción del Espíritu Santo por el empuje de su propio ego. Esta tentación ha dejado una marca dolorosa en nuestra historia. Por eso, la formación de apóstoles en el Regnum Christi no puede ser una tarea más, ni simplemente un medio eficiente de realizar la misión. Más bien, es el lugar donde el legionario es moldeado para ser como Cristo en su manera más profunda y estratégica de redimir: formando, amando y enviando a otros en misión.

Esto reclama un vuelco interior. El Regnum Christi no es simplemente una plataforma apostólica o una federación de ramas. Es el espacio teológico donde se puede verificar de verdad si hemos abrazado nuestra identidad legionaria. Un legionario que no forma apóstoles según la lógica de Cristo –paciente, relacional y marcada por el Misterio Pascual– termina viviendo un sacerdocio desconectado del carisma que le dio origen. En cambio, quien abraza esta misión con el corazón de Cristo experimentará lo que describe la *Ratio Institutionis*: «No hay mayor alegría que acompañar a un alma en el descubrimiento de Cristo crucificado y resucitado, que anhela ser su Redentor, que vierte el óleo suave y el vino punzante sobre sus heridas (cf. Lc 10,34), y que la salva de las tinieblas del pecado por medio de su cruz»⁶⁵.

El punto culminante de esta renovación es una confesión valiente: el Regnum Christi no es solo nuestro apostolado; es el lugar donde nuestro carisma se encarna. Aquí somos llamados a morir a nuestros modelos antiguos, a soltar la mentalidad centrada en la eficacia, y a permitir que el Espíritu nos conduzca a una fecundidad nueva. Solo viviendo en esta lógica del Evangelio podremos llegar a ser verdaderamente instrumentos del Reino.

Imitemos a Cristo que, tras la Resurrección, no abolió las huellas de la Pasión, sino que las mostró glorificadas. También nuestra historia reciente, con sus llagas y purificación, forma parte del mensaje que debemos proclamar: que el poder de Dios se perfecciona en la debilidad⁶⁶. Formar apóstoles laicos en el contexto de esa historia redimida será la señal de que hemos hecho realidad la renovación. Ya no se tratará de nuestros logros, sino de su gracia obrando en muchos. Ya no nos compararemos con lo que fuimos o con lo que hacen otros, sino que nos alegraremos de ver al Espíritu fecundan-

⁶⁴ Cf. *Christus vita vestra*, n. 89.

⁶⁵ *Christus vita vestra*, n. 90.

⁶⁶ 2Co 12,9.

do la Iglesia de modos inesperados, incluso usando aquello que considerábamos derrota.

La renovación de la renovación significa volver al principio original con una profundidad mayor. Volver a Galilea –como invitó el ángel a los discípulos⁶⁷– para encontrar a Jesús y escuchar de nuevo su encargo: «Vayan y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos»⁶⁸. Para el legionario de Cristo, hoy, ese ir pasa por ir hacia los laicos del *Regnum Christi*, ver en ellos a los futuros discípulos que formarán discípulos, y dedicar la vida a esa siembra paciente.

Conclusión

El corazón de la renovación legionaria está en comprender que formar apóstoles seculares en el *Regnum Christi* no es un apostolado más, sino el campo privilegiado donde el carisma del legionario de Cristo se vive a fondo. Esta es la prioridad. Forjar apóstoles requiere haber pasado por el crisol de la purificación dolorosa de nuestros apegos desordenados y nuestros mecanismos de defensa. Significa no tener miedo al sufrimiento. Significa estar dispuestos a que Cristo disponga de nosotros. Desde la teología mística, significa tender hacia la vía iluminativa. Solo así encenderá la llama del Espíritu sobre otros llamados a ser apóstoles de Cristo.

A la luz de todo lo expuesto, podemos vislumbrar a la vez un desafío y una esperanza. El desafío es personalizar la renovación: dejar que Cristo modele en cada uno de nosotros su Corazón de Pastor y Formador. La esperanza es que, si lo hacemos, veremos brotar cosas nuevas⁶⁹, no por nuestro ingenio, sino por la vida divina operando en tantos corazones que quizás hoy ni conocemos. La historia nos enseña que Dios suele iniciar los grandes movimientos de renovación a través de pequeños grupos fervorosos. ¿Seremos nosotros ese grupo fervoroso para esta etapa de la Iglesia? Dom Chautard, con su experiencia cisterciense e ignaciana, apostaba por ello: «Una santa revolución se daría en el mundo, si en cada misión, en cada comunidad y al frente de cada grupo católico, hubiera verdaderos directores de almas»⁷⁰.

Formemos santos, con la gracia de Dios. Formemos apóstoles enamorados de Cristo, almas de oración profundas y misioneros ardientes en su vida cotidiana. Y en ese empeño, seamos nosotros mismos los primeros en buscar la santidad. Porque la gran lección

⁶⁷ Cf. Mt 28,7.

⁶⁸ Mt 28,19.

⁶⁹ Cf. Ap 21,5.

⁷⁰ J.B. CHAUTARD, *The Soul of the Apostolate*, 182. (Traducción del autor).

que hemos aprendido –con dolor, pero con verdad– es que no hay atajos para el Reino: el único camino es Cristo mismo, su amor hasta el extremo, su cruz que purifica y su Espíritu que vivifica. Volvamos a Él con toda el alma, dejemos que Él renueve nuestro sacerdocio y nuestro modo de trabajar, y entonces la obra del *Regnum Christi* será auténticamente obra de Dios y no de los hombres.

El *Regnum Christi*, más que un campo de misión, es ya aquí y ahora una escuela de santidad compartida. En él, legionarios y laicos estamos llamados juntos a la conversión profunda, a la comunión sincera y a la misión fecunda. Si abrazamos esta llamada, podremos decir con humilde alegría que la crisis se convirtió en gracia, y que el Maestro siguió formando a sus apóstoles –a nosotros– para enviarnos nuevamente al mundo, no con las manos vacías, sino llenas del alma de todo apostolado: la vida de Cristo en nosotros.